



**Universitat de les
Illes Balears**

Facultat de nom

Memòria del Treball de Fi de Grau

Agonismo y democracia radical en Chantal Mouffe

Ángel Luis Quintela Montano

Grau de filosofia

Any acadèmic 2015-16

DNI de l'alumne:41523459H

Treball tutelat per Bernardo Riutort Serra
Departament de Filosofia y Trabajo Social

S'autoritza la Universitat a incloure aquest treball en el Repositori Institucional per a la seva consulta en accés obert i difusió en línia, amb finalitats exclusivament acadèmiques i d'investigació	Autor		Tutor	
	Sí	No	Sí	No
	X	<input type="checkbox"/>	X	<input type="checkbox"/>

Paraules clau del treball:

democràcia radical, pluralismo, Mouffe, agonismo, hegemonía, política, antagonismo

Índice

Resumen	3
Introducción	3
Crítica al esencialismo	5
Antagonismo	9
Hegemonía.....	12
Agonismo para una democracia radical y pluralista	15
Conclusión	17
Referencias bibliográfica.....	19

Resumen

La democracia radical y pluralista de Chantal Mouffe es una propuesta teórica que trata de ser una alternativa a las tesis racionalistas universalistas que tienden hacia el consenso. El objetivo de este trabajo es ver cómo evoluciona y se desarrolla la teoría de Mouffe a lo largo de su obra, repasando las diversas críticas que realiza a los teóricos consensualistas para, finalmente, ver como su propuesta puede reconducir el debate en la filosofía política hacia el reconocimiento de la existencia del antagonismo y la imposibilidad de su erradicación.

Introducción

Chantal Mouffe nace en Bélgica en 1943, formada en la Université Catholique de Louvain, la Université de Paris y la University of Essex. Actualmente es profesora de Teoría política en el Centre for the Study of Democracy en la University of Westminster en Londres (Mouffe 2014). Su obra se inicia en un contexto variado pero siendo constantes sus interrogaciones y preocupaciones. En 1985 publica junto a Ernesto Laclau *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, una obra que, en torno a la recuperación del pensamiento de Gramsci, trata de ser crítica con el marxismo y la socialdemocracia surgida a raíz de la Segunda Internacional, y a su vez, asumir los nuevos movimientos tales como el feminismo, ecologismo...para así plantear un nuevo debate en la teoría política. Posteriormente y ya en solitario, Mouffe publica en 1999 *El retorno de lo político*, donde se centra en la crítica al racionalismo y al universalismo para proponer una democracia basada en lo que ella denomina “pluralismo agonista” sin dejar a un lado las bases de la teoría liberal. En el 2003 publica *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, un volumen que recopila diferentes

artículos y publicaciones suyas escritas a lo largo de cinco años, donde continúa la tesis del pluralismo agonista y las reflexiones iniciadas junto a Laclau en *Hegemonía y estrategia socialista*, centrándose en reflexionar, sin dejar a un lado “lo político”, en torno a la paradoja que surge al articular dos tradiciones diferentes tales como son la tradición liberal y la tradición democrática. Continúa su obra con la publicación de *En torno a lo político*, donde prolonga su reflexión sobre “lo político” centrándose en una crítica hacia el “sentido común” instaurado en las sociedades occidentales y que, para Mouffe, deja en el olvido la existencia de los antagonismos y las pasiones. Su última obra publicada es *Agonística*, en el 2013, que al igual que *La paradoja democrática* es una recopilación de trabajos suyos anteriores a dicha publicación donde continúa promoviendo su tesis del “pluralismo agonista” reflexionando, esta vez, sobre las bases de las diferentes instituciones Europas y del propio proyecto europeo.

Antes de entrar en materia, para ver cuáles son las tesis centrales que sostiene Chantal Mouffe, conviene aclarar qué es lo que le motiva a desarrollarlo. Por un lado, inicialmente, junto a Laclau, critica la incapacidad del socialismo y del marxismo surgidos con la Segunda Internacional y continuados en la Tercera Internacional, para pensar el conflicto sin el reduccionismo determinista de clase “Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo basada en la centralidad ontológica de la clase obrera, en el papel de la Revolución (con mayúsculas), entendida como el momento fundacional en el tránsito de un tipo de sociedad a otra, y en la ilusión de lograr una voluntad colectiva perfectamente unitaria y homogénea que despojaría de sentido al momento político.” (Mouffe & Laclau 2001: 26). Y por otro lado, critica la postulación de la perspectiva universalista y racionalista de la existencia de una solución racional neutral sobre la cuestión de las sociedades democráticas (Mouffe 2015).

A partir de la crítica a estas dos tradiciones, Mouffe propone una democracia radical y pluralista, siendo el pluralismo un principio axiológico de la democracia liberal moderna (Mouffe 2012). Para ello, recoge la idea de Claude Lefort, quien, según Mouffe, sostiene que tras la revolución democrática se produce una disolución de los marcadores de certidumbre, esto significa que ya nadie encarna el poder, éste es un espacio vacío debido a la inexistencia de fuentes últimas de poder como lo fueron (y lo siguen siendo) Dios o un monarca. Frente a eso hay una transformación del ordenamiento simbólico de las relaciones sociales y una lucha por la construcción del sentido, es decir, se produce una revolución democrática y “ya es imposible definir la sociedad como una sustancia con una identidad orgánica” (Mouffe 2015: 30). Por lo tanto, la base de la democracia moderna es la soberanía del pueblo, la soberanía popular, pero ésta siempre será sobre la base de identidades abiertas (Mouffe 2015).

Crítica al esencialismo

Mouffe se centra en la definición política de la modernidad, es decir, la modernidad como la revolución democrática, la de las luchas: “Personalmente pienso que la modernidad debería definirse en el nivel político, pues es allí donde las relaciones sociales toman forma y se ordenan simbólicamente” (Mouffe 2015: 29). No hay una objetividad neutra, todo es interpretación y mediante el discurso se cambia la realidad. Mouffe sostiene que hay que desterrar el concepto de verdad objetiva puesto que esa visión parte del presupuesto de que existe una explicación política neutral (Mouffe 2015).

Chantal Mouffe (2015) afirma que el pensamiento liberal se ha desarrollado sin tener en cuenta la democracia. Asimilar democracia y liberalismo es un error ya que son dos tradiciones de la modernidad que han ido confluyendo en muchas situaciones pero a partir de la Segunda

Guerra Mundial se separaron. Esta tesis la sostiene mejor en *La paradoja democrática: El peligro del consenso en la política* contemporánea. Según Mouffe (2012) la democracia liberal implica una paradoja “Por un lado tenemos la tradición liberal constituida por el imperio de la ley, la defensa de los derechos humanos y el respeto a la libertad individual; por otro, la tradición democrática cuyas ideas principales son las de igualdad, identidad entre gobernantes y gobernados y soberanía popular” (Mouffe 2012: 20). A raíz de dicha paradoja surgirá algo fundamental para Mouffe, una tensión constitutiva de la especificidad de la democracia liberal.

La reformulación del proyecto democrático en términos de democracia radical requiere el abandono del universalismo abstracto de la Ilustración, que se refería a una naturaleza humana indiferenciada. Aun cuando la emergencia de las primeras teorías de democracia moderna y del individuo como portador de derechos fue posible merced a estos conceptos, hoy en día son un gran obstáculo para la futura extensión de la revolución democrática. Los nuevos derechos que se reclaman hoy son la expresión de diferencias cuya importancia no se había afirmado hasta ahora y que ya no son derechos universalizables. En efecto, la democracia radical exige que reconozcamos la diferencia -lo particular, lo múltiple, lo heterogéneo-, o sea todo aquello que el concepto abstracto de hombre excluía. No se rechaza el universalismo, se lo particulariza; lo que hace falta es un nuevo tipo de articulación entre lo universal y lo particular. (Mouffe 2015: 33-34)

Mouffe (2015) no hace otra cosa que criticar la epistemología de la Ilustración sin rechazar los propios valores ilustrados. Rechaza esa ilusión ilustrada de la razón universalista pero no los valores de justicia e igualdad, por lo que sostiene que la racionalidad no puede caer en la típica dicotomización de universalismo o relativismo. Acude a Foucault para decir que los discursos generan poder al mismo tiempo que el poder genera discursos, por ello es imposible hacer una distinción absoluta entre la validez y el poder, es decir, la verdad puede estar condicionada “Aceptar,

con Foucault, que es imposible una distinción absoluta entre la validez y el poder (puesto que la validez es siempre relativa a un régimen o una verdad específicos en conexión con el poder) no significa que, en el interior de un régimen dado de verdad, no podamos distinguir entre quienes respetan la estrategia de la argumentación y sus reglas y quienes simplemente desean imponer su poder” (Mouffe 2015: 34).

Con esta crítica a todo esencialismo, y como ya hemos dicho, Mouffe (2015) sostiene que tanto la sociedad como los individuos estarán siempre abiertos a la resignificación, ni siquiera tal y como sostiene el marxismo clásico que las clases preconstituyen (Mouffe & Laclau 2001). Mouffe y Laclau conciben lo social como un orden simbólico discursivo, es decir, los hechos y las cosas no tienen un sentido inherente a priori, sino que dicho sentido será construido a posteriori. Por otra parte, Mouffe (2015) critica la concepción moderna del sujeto basándose en la visión de Lacan “ha mostrado la pluralidad de registros –simbólico, real e imaginario– que penetra cualquier identidad; y el lugar del sujeto como el lugar de la carencia, la cual –aunque se representa dentro de una estructura– es el sitio vacío que al mismo tiempo subvierte y es la condición de la constitución de toda identidad. La historia del sujeto es la historia de sus identificaciones, y no hay una identidad oculta que deba ser rescatada más allá de la última identificación” (Mouffe 2015: 109). Mouffe sostiene la visión postestructuralista del sujeto escindido. Cuando el sujeto entra en relaciones sociales no entra como una entidad compacta y homogénea, sino desde posiciones parciales y nunca cerradas, por lo tanto habrá diversas posiciones de sujeto. Esto supone un elemento clave a lo largo de la teoría de Mouffe a la hora de afrontar la cuestión del pluralismo en una democracia liberal.

Para Mouffe (2015) el pluralismo es lo que permite la multiplicidad de posiciones subjetivas y de esa manera el reconocimiento de diferentes

realidades, o reconocimiento de las diferencias mismas. De ahí que critique el concepto racionalista del sujeto unitario. Afirma que la pluralidad es constitutiva de la democracia, hay que articular las diferencias en base a su reconocimiento de posición subjetiva. A partir de esta propuesta se posiciona en contra de quienes sostienen una perspectiva universalista y racionalista en torno a la democracia liberal. Centra su crítica, sobre todo, en Rawls y Habermas, quienes proponen una democracia deliberativa o discursiva como modelo sólido para la democracia liberal. Según Mouffe las posiciones de estos dos autores tienden al consensualismo “Su principal afirmación es que resulta posible, gracias a procedimientos adecuados de deliberación, alcanzar formas de acuerdo que satisfagan tanto la racionalidad (entendida como defensa de los derechos liberales) como la legitimidad democrática (tal como queda representada por la soberanía popular” (Mouffe 2012: 98), es decir, consideran que mediante el ejercicio de una razón dialógica se puedan resolver todos los conflictos existentes. Para Mouffe (2012) la búsqueda de una solución racional final para la democracia es un error, afirma que ambos autores, en el intento de dar solución a la tensión existente entre liberalismo y democracia moderna, ven plausible la posibilidad de suavizar las diferencias y erradicar los antagonismos.

La incapacidad de la actual teoría democrática para hacer frente a la cuestión de la ciudadanía deriva del hecho de que opera con un concepto del sujeto que considera que los individuos son tres cosas: en primer lugar, anteriores a la sociedad; en segundo lugar, portadores de derechos naturales; y en tercer lugar, sujetos a una de estas dos posibilidades: bien la de ser agentes para la optimización de la felicidad, bien la de ser sujetos racionales. En todos los casos son abstraídos de las relaciones sociales y de poder, de la lengua, de la cultura y de todo el conjunto de práctica que hacen posible la acción. Lo que se excluye en estos enfoques racionalistas es la

propia indagación sobre las condiciones de existencia del sujeto democrático. (Mouffe 2012: 109)

Antagonismo

Para desarrollar esta tesis en torno al concepto de antagonismo, Mouffe (2015) recupera a Carl Schmitt y lo hace a partir de dos de sus principales obras, *El concepto de lo político* y *La crisis de la democracia parlamentaria*. Carl Schmitt sostiene la naturaleza contradictoria existente en la democracia moderna; para Schmitt es imposible articular liberalismo y democracia. A su vez, Schmitt critica la incapacidad del liberalismo para entender la política como una cuestión de identidades colectivas, es decir, hay que dejar a un lado la idea racional de la existencia de individuos preconstituidos. Mouffe (2015) explica que para Schmitt, el liberalismo hace política sin *lo político*, niega la frontera, y las diferencias, ya que “El orden parlamentario liberal se basaba en el confinamiento a la esfera privada de una serie de importantes temas de división, como la religión, la moral y la economía; hacía falta un orden para crear la homogeneidad, condición necesaria para el funcionamiento de la democracia. De esta manera, los individuos, separados de sus intereses enfrentados, podían discutir y lograr un consenso social” (Mouffe 2015: 149). Es decir, el liberalismo niega el enemigo, niega el antagonismo. Es por ello que Mouffe recupera también el concepto de *lo político* de Schmitt, lo político tiene que ver con los antagonismos y el conflicto “Para Schmitt, lo político tiene que ver con las relaciones de amistad y enemistad, se refiere a la creación de un «nosotros» en oposición al «ellos» [...]. Su tema es el conflicto y el antagonismo y esto indica precisamente los límites del consenso racional, el hecho de que todo consenso se basa forzosamente en actos de exclusión (Mouffe 2015: 154).

Mouffe (2015) presenta también la idea de nación de Carl Schmitt para recuperar algunas de sus ideas a la vez que criticarlas. Schmitt ve que uno de los problemas del liberalismo es que trata de ser totalmente inclusiva, para ello intenta hacer desaparecer lo político, relega los temas de división a la esfera de lo privado. Al mismo tiempo, Schmitt también trata de acotar el alcance de la democracia, es decir, critica a aquellos que tratan de entender la democracia política para toda la humanidad. Para él siempre hay que trazar una línea que divida entre aquellos que pertenecen al *demos* y los que están fuera del mismo, así, Mouffe citando a Schmitt “La democracia solo existe para un pueblo” (Mouffe 2012: 56).

Otra de las preocupaciones de Schmitt que Mouffe (2012) recupera para transformarla es la cuestión de la unidad política. Schmitt declara la homogeneidad nacional como una condición necesaria para el ejercicio democrático, afirma que un Estado solo puede ser democrático si tiene una única nación homogénea. Es decir, la unidad solo puede existir como identidad. Esto requiere un cierre en torno al *demos*, con la construcción de una frontera. Es evidente así que Schmitt niega el pluralismo interno “La respuesta de Schmitt es, por supuesto, inequívoca: no hay sitio para el pluralismo en una comunidad política democrática. La democracia requiere la existencia de un *demos* homogéneo, y esto impide cualquier posibilidad de pluralismo” (Mouffe 2012: 66).

A partir de todas estas tesis de Carl Schmitt, Mouffe las transforma para fortalecer su propuesta de una democracia radical y pluralista. Lo que Mouffe (2015) propone es que la política reconozca la división y el antagonismo del que Schmitt nos habla “Es preciso abandonar la idea de un consenso perfecto, de una armoniosa voluntad colectiva, y aceptar la preminencia de conflictos y antagonismos” (Mouffe 2015: 146). Para Mouffe lo que le es propio a una democracia radical y pluralista es la capacidad de convertir el antagonismo en agonismo. Mouffe es consciente

de que siempre habrá diferencias, pero para ella esas diferencias no tienen que ser excluyentes.

Introducir la categoría del «adversario» requiere hacer más compleja la noción de antagonismo y distinguir dos formas diferentes en las que puede surgir ese antagonismo, el *antagonismo* propiamente dicho y el *agonismo*. El *antagonismo* es una lucha entre enemigos, mientras que el *agonismo* es una lucha entre adversarios. Por consiguiente, podemos volver a formular nuestro problema diciendo que, visto desde la perspectiva del «pluralismo agonístico», el objetivo de la política democrática es transformar el *antagonismo* en *agonismo*. Esto requiere proporcionar canales a través de los cuales pueda darse cauce a la expresión de las pasiones colectivas en asuntos que, pese a permitir una posibilidad de identificación suficiente, no construyan al oponente como enemigo sino como adversario (Mouffe 2012: 115-116).

El agonismo que Mouffe propone es la reconversión del enemigo en adversario, es decir, si el antagonismo es una relación de enemistad, el agonismo es una relación de disputa. Critica a Schmitt ya que su propuesta impide la política interna, y lo que para Schmitt significaba la misma autodestrucción de una democracia liberal, para Mouffe será la tensión constitutiva de la especificidad de una democracia liberal.

Uno de los objetivos de Mouffe al recuperar a Schmitt también será el de revelar que la creación de una identidad siempre implicará el establecimiento de una diferencia, un acto de exclusión. Como ya hemos dicho anteriormente, para ella las identidades están sujetas a las relaciones sociales. Es así que suma a su argumentación la idea del «exterior constitutivo» “Esta noción indica que toda identidad se construye a través de parejas de diferencias jerarquizadas. [...] La idea de «exterior constitutivo» ocupa un lugar decisivo en mi argumento, pues, al indicar que la condición de existencia de toda identidad es la afirmación de una diferencia, la determinación de un «otro» que le servirá de «exterior»,

permite comprender la permanencia del antagonismo y sus condiciones de emergencia” (Mouffe 2015: 15). Por lo tanto, Mouffe (2012) sostiene que una vez entendido que siempre existirá un «nosotros» y un «ellos», el objetivo de una democracia es construir de tal forma el «ellos» sin que sea percibido como un enemigo que tiene que ser destruido, y se entienda como un «adversario». Es decir, en una relación antagónica amigo/enemigo uno busca destruir al otro, mientras que en una relación agonística amigo/adversario se reconoce la legitimidad de la diferencia del adversario “no se verá en el oponente un enemigo a batir, sino un adversario de legítima existencia y al que se debe tolerar” (Mouffe 2015: 16).

Hegemonía

Mouffe y Laclau (2001) recuperan el concepto de hegemonía de Gramsci que será fundamental para toda la teoría posterior de Mouffe, en *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Como ya hemos dicho, tratan de ver como se puede seguir pensando la sociedad como conflicto más allá del determinismo marxista clásico. Critican al marxismo canónico por reducirlo todo a una esencia de clase, para así reconocer las distintas formas de subordinación existentes en la sociedad más allá de la noción de clase.

El campo general en el que surge la hegemonía es el de las prácticas articuladoras, es decir, un campo en el que los elementos no han cristalizado en momentos. En un sistema cerrado de identidades relacionales, en el que el sentido de cada momento está absolutamente fijado, no hay lugar alguno para una práctica hegemónica. Un sistema plenamente logrado de diferencias, que excluyera todo significante flotante, no abriría el campo a ninguna articulación; el principio de repetición dominaría toda práctica en su seno y no habría nada que hegemonizar. La hegemonía solo puede constituirse en un campo dominado por prácticas articuladoras porque

requiere un carácter incompleto y abierto de lo social (Mouffe & Laclau 2001: 177-178)

Si concebimos que en el mundo político solo hay voces particulares, pero que la política es una cuestión de colectividad, entonces tendrá que haber un sujeto capaz de constituir ese conjunto que asuma la representación del todo. Es decir, el concepto de hegemonía se debe entender como un tipo de poder político que construye una relación en la que un sujeto político es capaz de producir en torno a sí un consenso que incluya a otros sujetos en una posición subordinada “Una formación hegemónica también abarca aquello que se le opone, en la medida en que la fuerza opositora acepta el sistema de articulaciones básicas de dicha formación como algo que niega, pero *el lugar de la negación* se define por medio de los parámetros internos de la formación misma” (Mouffe & Laclau 2001: 182-183).

Sostienen la existencia de diferentes posiciones de sujetos que pueden significar diferentes formas de opresión o subordinación, y estas no tienen que converger necesariamente. Dicen que lo que hay que hacer es articular dichas posiciones, esto es ■ crear otro sentido común mediante nuevas posiciones subjetivas diferentes, es decir, respetar la diferencia pero reconocer la posición anterior de los otros. En este sentido se equivocaba el marxismo mediante la categorización de la clase obrera, ya que solo reconocía una sola forma de opresión y no reconocía otras posiciones subjetivas; mediante la clase obrera no se reconocía la opresión de la mujer ante el hombre, o la opresión del inmigrante, etc. Hay que construir una hegemonía. No tiene que ser una mera relación instrumental sino que hay que construir una equivalencia a otro nivel pero sin olvidar las diferencias ya que sino no tendría sentido las articulaciones (Mouffe & Laclau, 2001).

Una vez que está claro el concepto de hegemonía, podemos ver para qué lo recupera y lo sigue trabajando Mouffe. A lo largo de su obra sostiene

que en la actualidad el liberalismo goza de una hegemonía incuestionable. Asegura que su hegemonía es de tal magnitud que se está consiguiendo difuminar las diferencias existentes y la posibilidad de una alternativa “Los dogmas neoliberales sobre los inviolables derechos de propiedad, las omnicomprehensivas virtudes del mercado, y los peligros de interferir con su lógica, constituyen en nuestros días el «sentido común» imperante en las sociedades liberal-democráticas” (Mouffe 2012: 23). Y por ello propone “Dado que cualquier orden político es la expresión de una hegemonía, de una pauta específica de relaciones de poder, la práctica política no puede ser concebida como algo que simplemente representa los intereses de unas identidades previamente constituidas, al contrario, se tiene que entender como algo que constituye las propias identidades y que además lo hace en un terreno precario y siempre vulnerable” (Mouffe 2012: 113). Mouffe no hace otra cosa que tratar de poner en primer plano ese «terreno de juego» en el que se produce la construcción del poder.

En su obra posterior *En torno a lo político* sostiene que “Todo orden es la articulación temporaria y precaria de prácticas contingentes [...] Las cosas siempre podrían ser de otra manera, y por lo tanto todo orden está basado en la exclusión de otras posibilidades [...] Aquello que en un momento dado es considerado como el orden “natural” –junto al “sentido común” que lo acompaña– es el resultado de prácticas sedimentadas; no es nunca la manifestación de una objetividad más profunda, externa a las prácticas que lo originan” (Mouffe 2011: 25). Por lo tanto, para Mouffe la política es una lucha por el sentido. La lucha por el sentido se dará en la producción del orden, aunque dicho orden estará construido sobre ese «terreno de juego» en el que siempre habrá conceptos compartidos (democracia, igualdad, libertad...), lo que estará en disputa será el sentido de esos conceptos compartidos. Dicha lucha, tanto para Gramsci como para

Mouffe, es la que se produce entre hegemonía y contrahegemonía (Mouffe, 2011).

Agonismo para una democracia radical y pluralista

Mouffe (2015) propone un modelo agonista como alternativa a otros enfoques políticos democráticos. Como ya hemos visto, afirma que dentro de la tradición democrática socialista, las posiciones tienden al consensualismo y al racionalismo. Estas posiciones consideran que el ejercicio de la razón dialógica puede resolver los antagonismos, mientras que Mouffe niega que lo político suja de la confrontación, cree que si se elimina ese elemento entonces aparecerá por otro sitio. Para Mouffe, propuestas racionalistas universalistas ignoran la realidad política y dice que esto es debido a una hegemonía de una determinada forma de pensamiento. Como ya hemos visto, sostiene que existen antagonismos y que estos no son posibles de eliminar, sino que se tienen que pensar dentro de las instituciones políticas “Se requiere crear instituciones que permitan transformar el antagonismo en *agonismo*” (Mouffe 2015: 13).

“Para aclarar la nueva perspectiva que estoy proponiendo: se necesita una primera distinción, la distinción entre «la política» y «lo político». Con «lo político» me refiero a la dimensión de antagonismo que es inherente a las relaciones humanas, antagonismo que puede adoptar muchas formas y surgir en distintos tipos de relaciones sociales. La «política», por otra parte, designa el conjunto de prácticas, discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de «lo político». Considero que solo cuando reconocemos la dimensión de «lo político» y entendemos que «la política» consiste en domesticar la hostilidad y en intentar atenuar el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas, podemos plantear lo que considero la cuestión central de la política democrática” (Mouffe 2012: 114).

Mouffe señala «lo político» como la dimensión ontológica de *polemos*. Ligado a la dimensión del antagonismo, de la hostilidad que existe en las relaciones humanas, antagonismo que se manifiesta como una diversidad de las relaciones sociales. Y «la política» como aquello que apunta a establecer un orden, a organizar la coexistencia humana en posiciones que son siempre conflictivas ya que están atravesadas por «lo político», «la política» hace referencia a la *polis*. Esta pareja de lo político/la política establece un lazo entre las dos raíces comunes del término político/a, por un lado *polemos*, por otro lado *polis*. Para lo que Mouffe (2015), a la fuerza de querer privilegiar el “vivir conjuntamente”, se deja de lado el *polemos*. Mouffe sostiene que la política reconciliadora que genera orden a partir del desorden no se puede aceptar, ya que la radicalidad de lo político siempre cuestionará el orden final. Si en la democracia hay una tendencia al orden, se corre el peligro a que lo político quede relegado.

Como ya se ha señalado anteriormente, ontológicamente la diferencia es constitutiva de la identidad, no la podemos eliminar. Para Mouffe (2015) estas son las condiciones de lo político puesto que no tenemos que eliminar la diferencia, pero tampoco tenemos que permitir que la diferencia se convierta en una negación de lo otro. A diferencia de las teorías como el consensualismo que se transforma en una teoría del discurso y que acentúa las dimensiones consensualistas, y que sostiene que el poder queda semidesaparecido en el discurso y con ese contexto se superan las posiciones radicales, Mouffe recupera lo que se entiende como el elemento clave de lo político, el antagonismo social, una sociedad plural y dividida. De ahí que recupere esa idea de Carl Schmitt para reconducir el antagonismo hacia el agonismo. Defiende que el antagonismo se tiene que civilizar, se tiene que reconducir hacia un juego. Por lo tanto, tiene que haber diferencias pero esas diferencias no tienen que ser excluyentes. La democracia es lo que permite transformar el antagonismo en agonismo, de

lo contrario el conflicto se convierte en conflicto existencial y acaba en violencia. “En vez de tratar de disimularlas bajo el velo de la racionalidad o de la moral, un enfoque «agonístico» reconoce la verdadera naturaleza de sus fronteras y las formas de exclusión que éstas implican. Al aceptar la naturaleza hegemónica de las relaciones sociales y las identidades, el enfoque agonístico puede contribuir a superar la omnipresente tentación que existe en las sociedades democráticas de naturalizar sus fronteras y concebir al modo esencialista sus identidades” (Mouffe 2012: 118).

Conclusión

Hemos podido comprobar como la propuesta de Chantal Mouffe intenta ser una alternativa para las democracias modernas liberales. A lo largo de su obra Mouffe trata de traer a colación la imposibilidad de erradicar el antagonismo, la imposibilidad de eliminar la dimensión conflictual. Hay que señalar que por un lado, en la actualidad, no se reconoce el carácter contingente de las democracias liberales, el orden social es considerado el “sentido común” y se entiende como algo natural. Además, por otro lado, en los países occidentales, la dimensión política trata de borrar las huellas del poder y negar el conflicto ¿cómo? Despolitizando los propios conflictos, a partir de una construcción discursiva se intenta hacer creer que el carácter axiológico de las democracias modernas liberales es la ausencia de conflictos y la unidad en torno a un Estado. Mouffe nos deja claro que los conflictos no desaparecen porque se deje de hablar de ellos, que no exista un discurso conflictivo no implica la ausencia de conflicto. En este caso, **la democracia no sería la ausencia de conflictos sino la existencia de mecanismos institucionales que permita resolver o solucionar los conflictos sin matarnos.** Es preciso además, reconocer la ambivalencia de la sociabilidad humana, es decir, que reciprocidad y hostilidad serán siempre inseparables del carácter social humano “La rivalidad y la violencia, lejos

de ser la parte exterior del intercambio, son por tanto sus omnipresente posibilidad. La reciprocidad y la hostilidad no pueden dissociarse, y hemos de darnos cuenta de que el orden social siempre se hallará sujeto a la amenaza de la violencia” (Mouffe 2012: 143).

Para Mouffe esa tendencia a la disolución del conflicto, la difuminación de las diferencias, la visión idealizada de la sociabilidad humana y la tendencia hacia la «centralidad» política que proponen muchos teóricos y políticos, es lo que pone en peligro a la propia democracia. Además de eso, la imposibilidad del establecimiento de un pluralismo radical dentro del propio estado, en el que se puedan constituir diferentes identidades colectivas en torno a posiciones diferenciadas, es lo que permite el resurgimiento de los fundamentalismos o de la xenofobia “Esa situación es peligrosa para la democracia, pues crea un terreno favorable para los movimientos políticos de extrema derecha o los que apuntan a la articulación de fuerzas políticas en torno a identidades nacionales, religiosas o étnicas. En efecto, cuando no hay apuestas democráticas en torno a las cuales puedan cristalizar las identificaciones colectivas, su lugar es ocupado por otras formas de identificación, de índole étnica, nacionalista o religiosa, y de esa suerte el oponente se define en relación a tales criterios” (Mouffe 2015: 17).

En conclusión ¿Es posible la totalización de la sociedad y la erradicación de la división y el poder? Hemos visto que tal y como lo plantea Mouffe, no es posible, hay que ser conscientes del carácter «hegemónico» que poseerá siempre cualquier tipo de orden social, esto significa que todo orden social es construido en torno a relaciones de poder, y dicha hegemonía nunca podrá ser totalmente inclusiva. Es así que Mouffe presenta su proyecto de democracia radical, un programa que reconoce la pluralidad de la sociedad, la existencia del antagonismo y la existencia del poder en el orden social.

Mouffe propone un nuevo camino, basado en el entendimiento de disertaciones y teorías del pasado. Es necesario para el debate de la filosofía política abrir tales caminos con nuevas propuestas como la democracia radical para reconducir en el camino de la tolerancia, estructuras de poder pluralistas en las que no se excluya ningún miembro, individuo u organización política, y que de esa forma, todos formen parte de un “engranaje bien lubricado”, donde reconociendo la antítesis y el continuo movimiento entre ideas antagónicas, sea posible la convivencia. Si encontramos ese inestable equilibrio y reconocemos la importancia de que la “diferencia” no tiene por qué ser exclusivamente conflictiva sino también fructífera, Mouffe (y Laclau) dan una herramienta posible con su democracia radical.

Referencias bibliográfica

Schmitt, C. 1987. *El concepto de lo político*. Alianza. Madrid.

Laclau, E., & Mouffe, C. 2001. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo Veintiuno de España ed. Madrid.

Mouffe, C. 2011. *En torno a lo político*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.

- 2012. *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Gedisa. Barcelona.
- 2014. *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
- 2015. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós. Barcelona.